

y entre los pobres indios, que desde Flandes á tan remotas regiones con tantas ansias había venido á buscar, no con otro fin que para encaminarlos al Cielo, como en efecto fueron casi innumerables las almas que allá encaminó, de párvulos y adultos que bautizó, sin otros muchos, que aunque él no los bautizó, los sustentó en la fe y con la leche de su católica doctrina y celestial enseñanza. Conoció á este bendito Padre, y desde el punto que le vió me pareció un ángel; y después, desde sus misiones, me comunicó con algunas cartas que me escribió, en que por una parte daba muestras de la singular humildad de que Dios le había dotado, y por otra del ferviente celo que siempre tuvo de la salvación de las almas; y siempre le miraba como á uno de los confesores de Cristo, que por la predicación de su santísima fe había derramado su sangre y ofrecido su vida, porque la herida que recibió fué suficiente para quitársela, si Nuestro Señor, con su particular providencia, no se la hubiera conservado para que el martirio fuese más prolongado, y ese le durase por muchos años, hasta el dichoso fin de la santa vida que en esos años ejerció.

## CAPITULO VIII.

VIDA, VIRTUDES Y APOSTÓLICOS MINISTERIOS  
DEL P. PEDRO ZAMBRANO,  
QUE POR TIEMPO DE TREINTA AÑOS SE EMPLEÓ EN LA PREDICACIÓN  
DEL EVANGELIO EN LAS MISIONES DE SINALOA.

### § I.

*Su venida á la Nueva España,  
sus primeros empleos que tuvo en las misiones de Sinaloa,  
y casos maravillosos que le sucedieron.*

Nació el P. Pedro Zambrano en la Villa de la Ribera, en Extremadura, de padres piadosos y nobles; tuvo su noble padre gran cuidado de imprimir la virtud en sus hijos: el P. Pedro Zambrano, entre sus hermanos, con otro, que fué el P. Juan Blanco, entraron en la Compañía. Tuvo por maestro de novicios al P. Diego de Sosa; pasó á esta Provincia de Nueva España, en ocasión que volvía á ella el P. Nicolás Arnaya. Fué siempre notablemente amado y querido por su condición apacible y urbanidad religiosa, así siendo estudiante como siendo Procurador del Colegio de México algunos años, oficio que ejerció con aprobación de los Superiores; el de 1622 pasó á la Provincia de Sinaloa con el P. Hernando de Villafañe, Visitador que fué de aquellas misiones, adonde luego que llegó le señaló el Superior para que en el Río de Mayo se encargase del partido de Santa Cruz, donde le cupo buena parte de los bautismos de adultos que faltaban por bautizar; aquí comenzó luego á trabajar incansablemente, edificando Iglesias y labran-

do casas, que dos ó tres veces las asolaron las copiosas avenidas del río; pero su primer cuidado fué aprender con gran perfección la lengua sinaloense, tanto que las más de las noches leía algo de ella, aun después de ser consumado maestro en ella.

Desde luego comenzaron á lucir en el Padre sus grandes virtudes, llevando la delantera la que es madre y reina de las demás, esta es la caridad, que mostró y ejerció así en lo espiritual como en lo temporal, con afecto de padre y madre de todos los pobres. Desvelábase principalmente la atención de su caridad en la suma puntualidad de la administración de los Santos Sacramentos, extirpación de vicios y predicación de la palabra evangélica, acudiendo al ministerio de mil seiscientos vecinos de los pueblos que tenía á su cargo; gastaba lo más del año atareado al confesonario, confesando cuatro ó cinco mil almas; las doctrinas y sermones eran sin faltar un punto á las obligaciones de un varón apostólico, atendiendo con especialidad en dar á conocer los engaños del demonio en las hechicerías que suelen reinar en gentes bárbaras y nuevas en la fe. Y cuando con sus grandes hambres se retiraban los indios veinte ó treinta leguas á buscar su sustento, en tales ocasiones, como no podían venir al pueblo, salía el santo celo del Padre á penetrar los más tupidos y espinosos bosques, y á montar los riscos más empinados, tal vez á pie, hasta conducirse á rancherías, adonde levantando una ramada de ramas de árboles, confesaba á los necesitados, bautizaba á los párvulos, sacramentaba á los enfermos, á quienes socorría con bastimento que llevaba prevenido, gastando en este santo empleo en varias rancherías buena parte del tiempo que duraba la hambre, hasta que lo era de la siembra, dándoles hasta la semilla que habían de sembrar. No fueron pequeños los trabajos y peligros en que se puso en los montes, pues una noche, estando durmiendo, le rodeó dos veces la tienda un tigre.

Era admirable su caridad, y tal, que si le llamaban á una confesión estando comiendo, dejaba de la boca el bocado y se ponía en camino á cualquiera distancia; y no fueron sin misterio estas vigilancias, como lo dirá un caso que le sucedió con un Fiscal, el cual fué notablemente descuidado con los de su parcialidad, y por su descuido, en ausencia del Padre, murieron algunos sin confesión; lo cual, sabido del Padre, le movió tal sentimiento, que le dijo con espíritu (al parecer profético): «De parte de Dios te aviso que has de tener muerte semejante si no te enmiendas;» dentro de ocho días murió de repente sin confesión el dicho Fiscal, sin accidente ó enfermedad que le ocasionase la muerte. Pagábale Nuestro Señor de contado tan santo celo, granjeándole estimación y veneración con los indios, y más con un caso que le sucedió con un indio, el cual había muerto ó lo parecía, sin confesión; y sabiéndolo el Padre se afligió sobremanera, lastimado del estado de esta alma. Trajéronle á enterrar, y al empezar á cantar el responso, el Padre, movido de un interior impulso, le mandó sacar del féretro y desenvolverlo; púsole sobre el corazón la mano y le pareció que todavía le palpitaba; aplicóle un espejo á la boca y juzgó que vivía; absolvióle *sub conditione*, por lo que podía suceder; mandó aplicarle algunos remedios, con que revivió y sanó perfectamente, ayudado de la caridad del Padre; caso con que después cada vez que el indio veía al Padre, con grande risa y alegría le solía decir: «yo soy el que resucitaste, dame tasajos de carne y maíz, porque

no me muera otra vez de hambre.» No tiene aquí lugar el escrúpulo, para no conceder á la virtud del Padre, que fué poderosa, á merecer un impulso ó inspiración de que todavía vivía el que parecía difunto, pues otros sinnúmero enterró el Padre, sin que con ellos hiciese semejante demostración ni tuviese escrúpulo de enterrarlos. No fué menos maravilloso lo que le aconteció en otra ocasión, porque estando acostado una noche, en toda ella no pudo reposar, fatigado de un pensamiento de la salvación de una persona que estaba cercana á la muerte, de si moriría en buen ó mal estado; porque aunque había quedado bien dispuesta, como por otra parte sabía que aun después de oleados los enfermos acuden á sus cabeceras los hechiceros como enjambres de demonios, estaba el celoso Padre cuidadosísimo de aquella oveja; pero en medio de estas congojas le mostró Nuestro Señor el buen logro de esa vigilancia, porque á aquellas horas, cerradas puertas y ventanas, pasó por todo su aposento una luz, como bulto de persona, que le dejó asombrado, y por su humildad más pensativo de si era alguna ilusión del demonio; pero sacóle bien en breve Nuestro Señor de esta congoja, porque por la mañana le avisaron que á la misma hora de su desasosiego había expirado; con que quedó sosegado su pecho y tranquilo su ánimo, entendiendo que aquella luz era el alma gloriosa de la persona por quien él oraba. Ni debe engendrar admiración que el alma de un pobrecito lograra la posesión de la gloria con sola una ó dos horas de purgatorio: lo uno, atendiendo á la oración fervorosa con que el celoso Padre impetraba su salvación, pues es poderosa para abreviar la jornada á los cielos la que es tan valiente para penetrarlos por breve; lo otro, conociendo la noble condición de Dios en no aceptar personas, y lo que con su Divina Majestad puede un acto de heroica virtud. Porque fué el caso, que esta dicha persona se había confesado con el Padre muy bien, y muchas veces había recibido los Santos Sacramentos, y de estas santas disposiciones nació que á la hora de la muerte mandó llamar á una persona que le había levantado un testimonio en lo más vivo de la honra; lo cual no negó el impostor, al cual dijo con lágrimas: «Dios manda que se perdonen los enemigos, y así te perdono muy de corazón á ti y á todos cuantos me habeis agraviado, porque Dios me perdone mis pecados;» y con esto expiró. Acción merecedora de gloria que tan en breve granjeó ésta al alma, y digna de eternos pórfidos en que quedase su memoria grabada para enseñanza de cristiandad.

## § II.

### *Ejemplos de insignes virtudes que resplandecieron y campearon en el Padre Pedro Zambrano.*

No sólo mostró este Apostólico Ministro la gran caridad y celo en acudir á lo espiritual de las almas de sus prójimos, sino que redundaba con abundancia en lo temporal de los cuerpos. Hable toda la Provincia de Sinaloa, y aun muchas leguas fuera de ella, que en una hambre que hubo, fueron tantos los socorros que hizo á los de dentro y fuera de ella, religiosos y seglares, sin género de interés, que le llamaron el José y redentor de los pobres, con quienes á guisa de lince,

su vista para adivinar necesidades, siendo benéficos precursores sus ojos de lo que habían de ser adelantados benefactores sus manos. Ninguna necesidad llegaba á sus puertas, que no saliese socorrida: y esto fué lo que le hizo tan famoso, divulgando su nombre aun fuera de la Provincia más de 200 leguas. Aunque nadie experimentó esta verdad tan de cerca como los Padres de esta Provincia, costeando el ponerles en sus casas el socorro de maíz, sal y pescado, siempre hecho un Argos para saber de lo que necesitaban sus Hermanos: y esto con tal largueza, que en medio de mucha Religión se echaba de ver la generosidad de su noble sangre, quedándose tal vez sin aquello de que necesitaba, porque no careciesen de ello los Padres misioneros. Y el extremo de esta caridad lo mostraba con sus pobres indios, cuando por los caminos salían de los montes atropados á verle, y no teniendo con qué socorrerlos, levantaba los ojos al cielo, como otro Moisés, diciendo: *Domine respice populum tuum gentem hanc*. Pero en los pueblos daba de comer á todos sus pobres, que acudían á la portería reglar de su casa, y tal vez sucedió, que viendo á un pobre tullido y que por serlo no podía ir á oír Misa, el mismo Padre le hizo unas muletas, cuyo uso no conocían los indios, enseñándole el Padre á andar con ellas, con que ya diestro acudía á oír las Misas á las iglesias; y lo mismo le sucedió con otros. A esta gran caridad también pertenecía el cuidado de tener reservadas medicinas para los enfermos, que él mismo les aplicaba, y cuando no había riesgo sabía sangrar con eminencia, con que de todas maneras les era padre y madre. Todo cuanto adquiría y poseía lo gastaba con los pobres; y así en 30 años de misión jamás se oyó decir que el P. Pedro Zambrano hubiese hecho venta ni cambio de cosa que tuviese; y se extendió á tanto su caridad, que en una cruel hambre que hubo, se arriesgó á subir la cuesta de los chinipas, distante más de 40 leguas de su partido, aun siendo ellos gentiles, á buscar maíz para sus pobres, donde corrió gran peligro de la vida él y toda su gente. Esta caridad que tuvo con los vivos, la mostraba no menos con los difuntos, ganándose todas las indulgencias que podía, y haciendo cuando se tocaba á las ánimas cantar un responso á canto de órgano, para mayor solemnidad de esta obra tan pia; y esto le estimuló para que luego que en el Varohio mataron á los venerables Padres Julio Pascual y Manuel Martínez (de cuyo martirio hicimos mención en nuestros Triunfos de la Fe), á hacer notables diligencias con el P. Marcos Gómez, que era el misionero más vecino, para que enviase gente en compañía de los chinipas, que sacasen los cuerpos de los Padres, y traídos hizo jornada de 15 leguas para hallarse en el entierro; y algunos años después, cuando se colocaron los santos cuerpos á mejor lugar, predicó en esa colocación, y procuró tener alguna reliquia de quienes tenía por mártires y en vida había reverenciado por tales; porque al P. Martínez, cuando llegó de México á Sinaloa, le besó el P. Zambrano la ropa, como á hombre que se ofrecía á morir por Cristo y su Evangelio, como sucedió.

De la humildad del P. Zambrano se pudo decir que tuvieron todos los de la Provincia mucho que admirar; que dejó muchos ejemplos que imitar: porque en todas las ocasiones que concurrió con otros Padres pretendía que le tuviesen por el menor de todos; buscaba siempre en la mesa el inferior lugar, con cortesías y pretextos en todas ocasiones, y en sus cartas y saluciones edificaba con su sumisión. En una oca-

sión en que pidió al P. Provincial cierto sujeto, para vecino de su partido, viendo ya logrados sus deseos, se hincó de rodillas y le pidió la mano para besarla, que no consiguió del otro Padre, el cual con gran confusión y no menores lágrimas, veía postrado á sus pies al que veneraba por sus canas y respetaba por su santidad. Y estando los dos juntos un día, le dijo el P. Pedro Zambrano: «Padre mío, yo he pedido á vuestra reverencia para consultarle en mis ignorancias (siendo así que era el Padre muy capaz en todo) y para tener á quien recurrir en mis desconsuelos;» y decíalo porque en aquel tiempo vivía sumamente afligido de escrúpulos. Habiendo también entendido ú oído que podían sacarle de las misiones para ocuparle en puesto de Superior, se valió del Padre que había ido por Visitador para que en la Provincia propusiese, excusándole para cualquier oficio ó puesto honroso que le quisiesen dar, y consultó con el compañero del Padre Visitador, si se le echaría á los pies, diciendo que se hallaba indigno y sin talentos para dignidad alguna, y que si algunos tenía, eran para estos retiros de las misiones. Con los Superiores fué tan resignado y humilde, que no aguardaba sus mandatos, sino que adivinaba sus insinuaciones para cumplirlas y ejecutarlas.

En la pobreza se esmeró en su persona con grande edificación, de manera que viéndole una ocasión su Superior con sotana de lana muy gruesa y tosca, le dijo que por qué no usaba de géneros más delgados para el calor tan fuerte de aquella tierra, á que respondió por encubrir su virtud: «Padre, traigo aquesta gruesa, porque no me la rompan las espinas de los caminos tan fácilmente;» y era tan exacto en pedir licencia á sus Superiores, que acudía á ellos aun en cosas muy menudas, sin querer valerse de licencias generales.

Su paciencia y sufrimiento aun en lo más adverso, ponía pasmo á los que lo advertían, hablando bien de todos y honrándolos en cuanto podía, virtud muy singular y notada de todos en el Padre; y así, cuando le daban alguna pesadumbre (que se las dieron muy grandes aun sus más obligados), lo más que hacía era levantar el corazón al Cielo y pedir á Nuestro Señor paciencia y conformidad para aquel trabajo. En devoción fué muy señalado el Padre, y en los últimos años con más especialidad en la Misa, la cual decía con mucha ternura y afectos: no oía devoción que no quisiese imitar; de la Virgen Nuestra Señora fué singularmente devoto, leía los libros que trataban de su devoción. Un día de la Natividad de Nuestra Señora hizo su fiesta: salió la procesión de la Iglesia, y por ser el sol y calor excesivo, ayudando el concurso de la mucha gente, no permitió que le defendiesen con quitasol; de lo cual se le recoció la sangre y se le hizo en las espaldas una postema muy grande, de que padeció muchos días inmensos dolores, y en medio de ellos lo más que decía era: «mucho me consuelo de tener que ofrecer á la Virgen Nuestra Señora.» El Rosario de siete misterios nunca lo dejaba por ocupaciones que ocurriesen; también fué muy conocida su devoción con Santa Bárbara, enterneciéndose con sus reliquias, hablándola en sus imágenes, y si podía hallarlas las ponía en su Breviario; hízola pintar en sus iglesias y puso su nombre á muchas criaturas de las que bautizaba; rezábale todos los días ocho Salves, impetrando por su intercesión buena muerte y con todos los Sacramentos. Y parece que la Santa le correspondía, porque en una ocasión, el mismo día de la Santa, hizo una confesión general y des-

pués de Misa le sobrevino un accidente como de gota coral, dejándole el rostro moreteado y echando espumajos, accidente que le sirvió de aviso para vivir siempre prevenido para la muerte. En la puntualidad de sus distribuciones, rezo y Misa (que nunca dejaba sino impedido de grande accidente), oración, exámenes, lección espiritual, exacta observancia de reglas y devociones, que eran muchas, parecía un ajustado novicio, aun en ocasión de huéspedes, que si no eran de mucha autoridad, cortesmente despedía, y aunque fuesen las doce de la noche no se acostaba sin cumplirlas.

En la penitencia y mortificación fué muy ejercitado, como lo mostraron los instrumentos de disciplinas y cilicios que se hallaron en su cabecera; y cuando no tenía otra disciplina usaba de un cuero crudo, y á falta de cilicio no le quiso hacer tejer, por cautelar más su penitencia; y así, lo hizo de un cabestro de cerdas, áspero, dándole cuatro vueltas, que quien le trató más íntimamente guardó como cosa de mucha estima. Sucedió que, caminando con otro Padre, se apartó al anochecer á rezar sus devociones y quitarse el cilicio que había traído todo el día, siendo en el rigor de los calores, que son tan rigurosos como los de Africa y la Tebaida; cuando volvió se le cayó el instrumento de penitencia, y viéndolo el otro Padre, lleno de confusión le dijo: «P. Pedro Zambrano, mire que se le cayó esa cadena de oro;» el cual respondió: «esto es, mi Padre, ser yo tan gran pecador, que ni aun bien puedo hacer por mi alma siendo tan malo, sin que me ponga ocasiones de una vanagloria el demonio, pero con vuestra reverencia no la tengo, pues sabe que estas son nuestras armas;» rigor que fué mayor en el Padre los últimos años, de suerte que era menester irle á la mano en sus penitencias, en tierra que sólo el vivir en ella es continua penitencia.

### § III.

#### *Ejercicios santos con que se preparó y dispuso para su dichosa muerte el P. Pedro Zambrano.*

Aunque siempre fué el P. Pedro Zambrano buen religioso, pero en los últimos tres años se dispuso para la muerte con notable fervor; en todo el cual tiempo le labró Nuestro Señor con continuas mortificaciones y con ellas una corona de gloria, hablándole como á otro Moisés: *de medio turbine*; de tribulaciones que excitó el demonio por medio de hombres, los más beneficiados suyos. Torbellinos fueron estos de tanta persecución, que fueran bastantes á arruinar la más segura fortaleza; pero asegurado y favorecido de la suave marea con que Dios Nuestro Señor le comunicaba en lo más retirado del alma: *velut sibilus aurae tenuis*. Siempre se halló constante y tranquilo en las adversidades, haciendo particular oración por sus enemigos, no permitiendo que en su presencia se desdorasen sus nombres, hablando siempre bien de ellos y honrando los ausentes con palabras y obras. Ni le faltó el martillo de infinitos escrúpulos con que el Señor lo labró, y el Padre, cuidadosísimo de examinar su interior, si acaso en algo le parecía haber faltado, las veces que concurría con algún Padre era muy frecuente en sus reconciliaciones antes y después de la Misa, y las con-

sultas de sus escrúpulos muy ordinarias. Y en orden á esta disposición de que trataba para la muerte, leía irremisiblemente algo del libro del P. Francisco de Salazar, de los Novísimos, y hacía muy frecuentes actos de contrición, y entre día ganaba muchas indulgencias; y finalmente, para no olvidarse de su muerte, tenía escritas en su libro de devoción estas tres señaladas sentencias: primera, mucho puedes hacer en orden á tu aprovechamiento cuando estás sano, que cuando estás enfermo no podrás hacer; segunda, si no estás aprovechado hoy, ¿cómo lo estarás mañana? tercera, si no eres solícito para ti ahora, ¿quién tendrá cuidado de ti después? Y vivía tan ocupado en lo interior de su aprovechamiento, que hablándole algunas veces, solía responder más á propósito de lo que meditaba que de lo que le decían.

Algunos días antes que muriese, dijo á un Padre amigo suyo: «Ah, Padre, si un hombre no está preparado antes de la enfermedad, realmente que con dificultad lo hace en ella,» y se dejó bien de ver que así había obrado lo que sentía, porque preguntándole si tenía algo que le diese pena, respondió: «bendito sea Dios que no; antes perdono de todo mi corazón á los que me hayan ofendido en esta vida, y espero en el Señor de encomendarlos en el Cielo con particular cuidado.» A tan santa vida dió remate una santa muerte, y tan llena de circunstancias de la mucha gloria que iba á gozar al cielo.

Pareció que había tenido aviso y previsión de su muerte, porque habiendo de hacer ausencia un Padre misionero que iba de Sinaloa á México, y había de volver, habiendo andado más de 300 leguas de camino, un día antes de la partida le preguntó el P. Zambrano: «¿para cuándo volverá vuestra reverencia?» y midiendo el tiempo, le respondió: «páreceme que volveré á fines de Septiembre á más tardar,» á la cual respuesta se suspendió el P. Pedro Zambrano; é instándole el otro Padre le dijese la causa de su suspensión, le respondió el Padre algo demudado: «mi Padre, ¿no podría ser siquiera á principios de Septiembre? porque á los fines de él es muy tarde, y Dios sabe si para entonces nos veremos en esta vida, sino en el cielo;» lo cual observó desde entonces el Padre que iba á México, y por esta causa apresuró el viaje poniéndose en camino aun estando enfermo, porque de lo que había oído al P. Zambrano á quien estimaba mucho, entendía que ya estaba cercano á su muerte. Pero como son superiores las disposiciones divinas, sucedió todo como el Padre lo había profetizado, muriendo á fines de Septiembre que fué á 28, estando el Padre que había hecho el viaje solas tres jornadas del pueblo de Santa Cruz, donde murió el P. Zambrano; el cual, luego que recibió la nueva, y se acordó de lo que el Padre le había dicho á su partida, tuvo este consuelo para entender ya gozaba de Nuestro Señor en el cielo; y el más auténtico testimonio para entender que ya gozaba de Dios, fué el haber muerto por acudir á una obra de caridad y virtud, en que siempre se esmeró; y fué, que estando el Padre, vecino del P. Zambrano, ausente de un pueblo que distaba no más de tres leguas de donde estaba el Padre Zambrano, le llamaron á una confesión á que acudió con la grande caridad que siempre ejerció en semejantes ocasiones, sin ser su feligrés el enfermo, que lo era del vecino; y con el rigor del sol y calor de medio día, á la vuelta le dió un aire que le destempló grandemente, y herido de este accidente le llamaron el mismo día de otro pueblo suyo que se llamaba Santa Cruz, para otro enfermo, y habiéndole confesa-

do, el mismo día volvió al pueblo donde estuvo de visita, caminando catorce leguas de ida y vuelta, fatigado y con calentura que no se le quitó hasta su muerte. Añadióse, que le dió un arrebató el accidente quitándole la respiración, de que entendió que se moría, é hizo llamar al Padre más vecino; pero habiendo vuelto en sí el enfermo, y estando ya con mejoría, se volvió el otro Padre á su partido: que tales soledades como estas padecen estos operarios evangélicos por el bien de estas almas: repitió el achaque segunda vez al P. Zambrano, y volvió á verle el Padre vecino y dióle la comunión en la Iglesia, y pareciéndole segunda vez no estaba de riesgo, se volvió á su partido por no hacer falta á su feligrés. Pero el Patrocinio de Santa Bárbara se experimentó evidentemente en esta ocasión, no faltándole en el último trance á su devoto un sacerdote que le acudiese, porque habiendo pedido el P. Zambrano al Superior de la misión, que estaba de allí distante 26 leguas, tomase trabajo en venir á verlo, el Superior por lo mucho que estimaba sujeto tan necesario como el P. Zambrano, y de tanto ejemplo y amparo de estas misiones, se puso en camino estando también enfermo y en muy riguroso tiempo; apenas llegó al pueblo de Santa Cruz, donde estaba enfermo el P. Zambrano, cuando le sobrevino tal accidente, que él mismo, vuelto en sí, pidió los Santos Sacramentos porque después no se administrasen aprisa y con indecencia; preguntóle el Padre Superior si tenía alguna cosa que le diese cuidado, á que respondió: «bendito sea Dios que no la hay;» y luego pidió con instancia al Padre Rector que luego que expirase le dijese el *Miserere*, con la oración *Pro Pontifice*, á la que está concedida la indulgencia que tenemos en nuestros privilegios; prometiéndole el Padre Rector, y habiéndole dicho la recomendación del alma expiró el P. Zambrano, que en este trance se valió de la intercesión de los santos y santas, sus especiales devotos en particular de la Virgen Santísima; y sentía mucho que se le pusiese alguno delante que le impidiese el tener fija la vista en una su devota imagen que tenía en el altar. Un mes le duró este accidente, y en todo él se había ocupado en bautizar mucho número de niños; para lo cual se hacía llevar en una silla á la Iglesia, y á más no poder los bautizaba desde la cama; y muriendo aquellos días muchos de aquellos párvulos, decía el buen Padre: «estos ángeles van por delante, para hacerme escolta para ir al Cielo.» Sucedió también, que á la hora de la muerte y víspera del Arcángel San Miguel, eterneciéndose con el Santo de quien fué muy devoto, le decía: «Glorioso Arcángel, ya os pedí me alcanzáseis de Nuestro Señor un mes de vida, y Su Majestad me lo ha otorgado y cumplido, alcanzadme ahora el morir en vuestra víspera ó en vuestro día;» y así sucedió, porque preguntando qué hora era y habiéndoselo dicho, le sobrevino un accidente como de gota coral, y la misma víspera del Santo Arcángel, á las nueve de la noche y con grandísima paz, dió su alma al que para tanta gloria suya y bien de tantas almas la había criado. Enterróse su cuerpo el mismo día de San Miguel, con grande concurso de gente; y no fué explicable el sentimiento que manifestaron los indios, sus feligreses, y de los demás partidos del Río de Mayo, lamentándose y diciendo: «ya se murió nuestro Padre.» Enterrólo el P. Agustín de Guzmán, Superior de la misión, ofició la Misa y predicó, si bien con dificultad, por las muchas lágrimas y sollozos de los indios. Ni fué sólo este sentimiento en el Río Mayo, sino general en toda

la Provincia de Sinaloa, y aun fuera de ella fueron las lamentaciones y clamores de los pobres, tales, que sólo los que las oían las pudieron creer; á que se añadía que con el amor que le tenían apenas hubo Padre en toda la misión de San Ignacio que no le dijese un novenario de Misas, por lo mucho que todos le amaban; y el Padre que le sucedió le hizo solemnemente las honras con todos sus pueblos, que son tres, en los cuales había criado el P. Zambrano excelentes músicos de canto de órgano. Y fué tal el sentimiento de todos los Padres de la misión que no pudieron hallarse presentes, que luego que murió escribieron al Superior el sentimiento con que estaban por la muerte de tal Ministro y operario evangélico, y por la falta grande que había de hacer á todos; y uno de ellos, en breves razones, confirmaba todo lo que hemos dicho en una carta, diciendo: «Nuestro Señor nos ha llevado á nuestro muy religioso compañero el P. Zambrano, cuya muerte puede llorar nuestra Provincia; insigne misionero, incansable operario, grande falta para estas almas y á nosotros de un compañero, tan verdadero Hermano y amigo de paz y de caridad, tan religioso en su modo de proceder y puntual en la observancia de nuestro Instituto y Reglas; en unos pocos días que con él estuve, me aconsejó leyese su libro espiritual, que era el P. Salazar de *Novissimis*, para mi aprovechamiento, en que se echaba de ver que el buen Padre, años antes, se disponía para la hora de la muerte. Nuestro Señor llevó á vuestra reverencia tan á tiempo, para que le ayudase, y la gloriosa Santa Bárbara, su devota, para que le favoreciese en su tránsito y que éste fuese el día del gloriosísimo Arcángel San Miguel, con grande dicha suya. Yo refresco muy á menudo los ejemplos de caridad y demás virtudes que el religioso Padre nos ha dejado, que es el consuelo del alma, y lo que modera nuestro sentimiento: *dilectus Deo, et hominibus, cuius memoria est in benedictionibus.*» Pasó de esta vida á la eterna este santo varón el año de 1652, siendo de edad de 56 años; de los cuales los 40 vivió en la Compañía, y de estos los 30 en el glorioso ministerio de las misiones. Enterróse su cuerpo en la Iglesia de un pueblo del Río de Mayo llamado Santa Cruz, distante cincuenta leguas de nuestro Colegio de Sinaloa; ésta es una buena memoria de las virtudes y ejemplos de santidad que nos dejó para imitar.

Hasta aquí hemos hablado de lo que se ha ofrecido de nuevo y digno de escribir en nuestras misiones de la Provincia de Sinaloa, hasta el presente año de 1653. Y porque también no dejemos de hacer memoria de lo que es digno de ella, y ha pasado en las otras misiones, que entre gentes nuevamente convertidas tiene nuestra mexicana Provincia, escribiremos aquí lo que ha sucedido estos últimos años, desde el 1648 hasta el de 1653, en la misión de la nación Tarahumara vecina á la Tepehuana en el Reino de Nueva Vizcaya. Lo cual se entenderá con las relaciones que aquí haremos de las vidas y dichas muertes de Padres misioneros de nuestra Compañía, que remataron el curso de sus vidas y santos trabajos en esta misión. Unos derramando su sangre por causa de la fe y por la predicación del santo Evangelio; y otro, que aunque no la derramó violentamente, pero padeció grandes y prolongados trabajos en la conversión de esta gente, y en esta gloriosa empresa también consumó el curso de su santa vida.

## CAPITULO IX.

VIDA Y EJEMPLARÍSIMAS VIRTUDES  
DEL VENERABLE PADRE GABRIEL DÍAZ, QUE REMATÓ EL CURSO  
DE SUS PROLONGADOS AÑOS, DOCTRINANDO LA NACIÓN NUEVA  
EN LA FE DE LOS TARAHUMARES.

### § I.

*Pasa á la Nueva España, y los primeros empleos que tuvo en ella.*

Aunque en particular no tenemos noticia de los primeros ejercicios de virtud de este santo varón en sus juveniles años, pero por el ejemplo grande que en todo el tiempo que estuvo en nuestra Provincia de Nueva España dió de ellos, se colige claramente que le previno Dios Nuestro Señor, muy temprano, para que todo se diera á su divino servicio. Pasó el P. Gabriel Díaz á estas partes el año de 1599, en compañía de otros sujetos que traía el Padre Maestro Pedro Díaz, que había ido por Procurador á Roma, y cuando vino de España tenía 25 de edad y 8 de Compañía en la Provincia de Portugal, porque era natural de Tavora. No se sabe con qué ocasión había venido al Colegio de Madrid, al tiempo que allí llegó el P. Pedro Díaz, y lo que podemos entender es que, como Dios lo tenía señalado y escogido para los empleos de grande gloria suya y bien de las almas, en que en la Nueva España había de ayudar con su doctrina, dispuso Su Majestad que se hallase presente en Madrid cuando el Padre Procurador hacía gente para esta nuestra Provincia. Vino á ella siendo estudiante, y en México acabó sus estudios de Artes y Teología, con tanto aprovechamiento, que fué profeso de cuatro votos en la Compañía. Ordenado de Sacerdote fué enviado por la santa obediencia á nuestro Colegio de Pátzcuaro en la Provincia de Michoacán, donde varones muy señalados y santos de nuestra Compañía se emplearon en la ayuda espiritual de los indios Tarascos, en quienes (como queda dicho en el Libro tercero de esta Historia), siempre se han cogido abundantísimos frutos. El P. Gabriel Díaz, viviendo en él con un ferviente deseo y celo santo del bien de las almas, luego se aplicó á aprender la lengua tarasca, y en ella predicaba y confesaba á los indios con grande ejemplo de religión, sin excusarse jamás de trabajo que en el cumplimiento de este ministerio se le ofreciese. A que añadía el ejercitar los mismos ministerios con los españoles, hallando todos unas entrañas de caridad, para ayudarlos en el bien espiritual de sus almas. En este y en otros colegios de la Provincia, ocupó la santa obediencia por algunos años á este muy religioso y fervoroso operario, el cual donde quiera que estaba, el tiempo que le sobraba de ayudar á los prójimos retirado en su aposento (á que era muy aplicado) lo empleaba á sus solas en silencio, ejercicios de devoción y lección de libros santos.

Por este medio parece iba previniendo Dios Nuestro Señor al Pa-